

DON LUIS DE TRELLES PADRE Y CATEQUISTA (IV)

“Sacareis aguas con gozo de la fuente de la salvación” (Is. 12,3)

El Siervo de Dios continua instruyendo a su hija sobre los atributos de Jesucristo y en esta hermosa carta le explica la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

Hija de mi alma, hoy me sirves de pretexto para tratar otro punto importante: la devoción al Corazón divino de Jesús, que late en el Santísimo Sacramento del Altar, y que es el amante de todos los hombres y su amigo, especialmente de los desgraciados.

Cuando nos referimos a una persona que ama, se habla de su corazón como del lugar de su afecto y del punto de donde parte la expresión de él, sobre todo cuando nos referimos al amor de Jesucristo a los hombres. Jesucristo reside sustancialmente en la Hostia Consagrada, y está en el Sacramento con todos los elementos de su vida y por lo tanto, allí reside su corazón.

El Verbo divino, habiendo tomado cuerpo humano, tenía y tiene los mismos órganos que los individuos. En el Señor, en cuanto hombre, como en todos, es el corazón el punto cardinal de la vida orgánica y sensitiva, y paraje a donde confluye la sangre toda para volver a esparcirse por todo el cuerpo, y así como no se vive sin sangre y es motor de la vida, se ha convenido en significar el afecto que es el móvil de nuestra vida de relación. El Corazón de Jesús se aposenta sacramentalmente en el Sagrario y por lo tanto se puede establecer relaciones con nuestro Señor Jesús, ya que se halla allí realmente bajo especies consagradas.

Conviene, hija mía, recordar muchas veces el hecho fundamental de la presencia real de Jesús en el Tabernáculo, y el latido de su amante Corazón, meditando y diciéndote a ti misma: “allí está Jesús, que me ve, me mira, me ama, se ofrece por mí al Eterno Padre, murió por mí, me busca con su amor y desea el mío, me conoce, nada tengo oculto a su mirada, descubre mis pensamientos y deseos y dispone amorosamente todas mis ocurrencias”.

Esta fe actual, continua, aunque te distraigas algunas veces, es la base del amor de Jesús. Nuestra alma necesita un objeto real y no supuesto para su amor. Esta fe ha de extenderse no solo al tiempo ocupado en la iglesia, sino a toda la vida, recordando que Jesús, como Dios está en todas partes y todo lo escudriña su mirada. El oye tus palabras y siente el latido de tu corazón, conoce tus esperanzas y auxilia tus planes.

Esta presencia real de Jesús en el altar, y esta presencia general de Dios en todas partes, es, hija mía querida, la piedra angular de la piedad y el cimiento de la devoción que te recomiendo. Procura mantener esta fe, María; pídesela al mismo Jesús Sacramentado y te la dará, para que le ames y le conozcas más y más, y verás cuán dichosa te hallas.¹

Marina Moa Banga

¹ La lámpara del Santuario, tomo VIII, (1877), Págs. 86-90